

—¿Os volveré á ver?

—Tal vez.

—Es preciso, yo lo quiero.

Aurora se arrojó á los brazos de su padre, quien la estrechó con transporte, murmurando á su oído palabras de ternura que solo ella oyó.

Aurora, Brígida y Jacobo, montaron en la charrett y ésta se alejó al trote largo.

XX

La pena del talión.

Magdalena de Arvil no se movió del sitio donde había tenido la entrevista con el general hasta mucho después de haber marchado éste.

La parecía vivir en una pesadilla.

Se veía colocada en la alternativa en que se había visto en otros tiempos.

O sacrificarse, ó condenar á muerte á aquel hombre tan enamorado de ella, que no le sería posible vivir si le rechazaba.

Así lo había comprendido por la vibración de su voz y el fuego de su mirada.

Magdalena era un alma delicada y tierna.

Se sentía profundamente conmovida por el grito de aquel amor que no era para Jaime Fugeret más que un tormento, del mismo modo que para ella no había sido más que la causa de desastres y de duelos.

¿Podía escuchar aquella súplica desesperada?

¿No existía un abismo infranqueable entre ella y el desgraciado que se arrojaba á sus piés?

¿Pero no existía también el lazo de que Jaime Fugeret la hablaba en otros tiempos como una amenaza y del que ahora no se atrevía ni siquiera aludir?

En una palabra, ¿no debía unirles Aurora?

¿Qué sacrificios no se hubiera impuesto su madre para darla un apellido, para elevarla á la categoría de hija legítima, para evitarla, en una palabra, que tuviera por qué ruborizarse, si alguien hacia alusión á su origen.

Incierta, turbada, sin saber qué hacer acababa de subir á su cuarto cuando oyó ruido de ruedas sobre la arena y ligeros pasos en el vestíbulo de la villa. Y casi en seguida llamaron á su puerta.

Abrió.

Entro Aurora.

Su madre la besó en la frente.

Aurora llevaba una carta en la mano.

Se la entregó á Magdalena sin decir una palabra, pero su mirada parecía dar á entender:

—Tened piedad de él, os lo suplico.

Entonces la madre se sentó en un diván, atrajo hacia él á su hija y la preguntó:

—¿Quién te ha entregado esta carta? ¿El general Fugeret?

—¡Ah! ¿Sabéis?

—Sé que está en el país.

—¿Le habéis visto tal vez?

—En efecto, le he visto.

—¿Hace mucho tiempo?

—Unas dos horas.

—¿Ha estado aquí?

—Un momento.

Aurora miró á su madre con atención.

—¿Qué aire tan triste tenéis!

Magdalena trató de sonreír, y cogiendo las dos manos de su hija:

—Lo estaba en otro tiempo—dijo;—pero desde que estás á mi lado no sé lo que es la tristeza.

Y mostrándola la carta:

—¿Te acompañaba Brígida cuando te la entregó?—la preguntó.

—Sí.

—¿Os dijo el general lo que contenía?

—¡Oh! no.

—¿De veras?

Aurora movió la cabeza.

La madre repuso, sumergiendo su mirada en los ojos de su hija:

—¿Tú le quieres?

—¿A quién?

—Al general.

—Sería muy ingrata sino le quisiese.

—Es verdad.

—Sin él, ¿os hubiera yo conocido?

—¿Qué aire tenía?

—Profundamente pensativo.

—¿De modo que no te ha dicho nada?

—Nada...

Aurora añadió con gravedad:

—Solo que me besó con...

Vaciló.

—Acaba—la dijo su madre.

—Con ojos llenos de pesadumbre, como si hubiera temido no volverme á ver.

Magdalena sintió frío en el corazón.

—¿Estaba solo?—preguntó.

—No, estaba con él un amigo.

—¿Quién?

—Un antiguo compañero, Jesús Piriac.

—Está bien, déjame necesito estar sola.

Aurora se levantó y se puso delante de su madre.

—¿Vais á leer la carta?

—Sí.

—Desde que tengo la dicha de estar á vuestro lado no habeis cesado de decirme que me quereis.

El corazón de la madre estuvo á punto de detenerse.

Comprendía cual era el deseo de su hija.

—Sin duda que te quiero—murmuró—hago más que quererte.e. te adoro.

—Pues bien, tengo una súplica que haceros.

—¿Cuál?

—La de ser buena para con ese desgraciado.

—¿Tú lo quieres?

Magdalena interrogaba á su hija con una mirada extraña.

Aurora comprendió que el sacrificio que ella iba á exigir era superior á las fuerzas de Magdalena, cuya cara expresó una angustia terrible.

Y bajando la cabeza contestó:

—Yo no quiero más que vuestra dicha.

Huyó.

Magdalena abrió la carta de Jaime Fugeret.

La leyó y releyó varias veces.

Aquella carta era una queja desgarradora, un suspiro de amor, una invocación á la piedad de aquella á quien había ultrajado tan cruelmente.

Magdalena enternecida se estremecía á la idea del drama secreto que empezaba para ella.

Era el mismo grito de amor y de desesperación que se había escapado del pecho de su prometido.

De pronto, su mirada despavorida se fijó en los dos únicos retratos que había en la habitación.

Uno de ellos era el de su madre, el otro el del vizconde de Bures.

Se acercó á ellos y los contempló largo rato como para pedirles consejo.

Eran dos magníficas fotografías hechas en el mismo año de la muerte de los dos.

En el retrato de Roberto de Bures había puesto Magdalena esta fecha 19 de abril de 1870.

Su indecisión cesó.

No, ella no podía dar su mano al que había sido el verdadero asesino de su madre y de su prometido.

¡Era más que un ultraje lo que entre ellos había, era sangre!

Por mucha que fuera su generosidad al resignarse, hubiera creído cometer un crimen contra el honor y faltar á todos sus deberes.

Su debilidad no llegaba hasta ese extremo.

Desde aquel momento tomó irrevocablemente su partido.

Justamente en aquel mismo instante llamaron de nuevo á la puerta.

Era el coronel de Brancurt quien llegaba.

La presencia del coronel hubiera hecho desaparecer sus últimas vacilaciones si no hubieran cesado ya.

¡Quién se presentaba ante ella era, más que un amigo, un juez!

Se colocó con viveza delante de la carta de

Jaime Fugeret, como si haberla recibido solamente hubiese sido un desfallecimiento indigno de ella.

Y como el conde la preguntase con su paternal bondad:

—¿Habeis estado sola toda la tarde, querida Magdalena?

Ella balbució.

—Pero...

—Adivinad á quien he encontrado.

—¿Dónde?

—Delante del hotel de Bellvedere, al ir á Lugano.

—¿Al general Fugeret tal vez?

—¡Ah! ¡vos le habeis visto!—dijo el conde. Magdalena era incapaz de disimular.

—Es verdad—contestó.

—¿Ha estado aquí?

—Esta tarde, en efecto.

—No os pregunto con qué objeto.

—¿Por qué?

—Porque lo sé. El pobre sigue loco por vos.

—¡Oh!

—¡Todo me lo prueba!... He llegado á compadecerme de él sinceramente... ¿Qué os ha dicho?

—Nada preciso... proposiciones vagas.

Magdalena se explicaba con torpeza, como la persona á quien la repugna mentir, y seguía en pie para ocultar la carta que el conde había visto ya muy claramente.

El coronel se volvió hacía otro lado para poner fin á aquella violenta escena.

Magdalena se aprovechó de esto para deslizar el papel acusador en un cajón, cuya llave guardó en su bolsillo.

Felizmente, la campana del comedor se hizo oír.

Magdalena se cogió del brazo del conde como para pedirle ayuda y protección, y bajó con él.

Los huéspedes estaban ya reunidos en la habitación.

La comida fué casi silenciosa.

Se hubiera dicho que una desgracia se cernía sobre aquella casa, en donde tantos elementos de alegría estaban reunidos.

Tan luego como concluyó la comida, Magdalena, pretextando un ligero malestar, se retiró á su cuarto, mientras sus convidados se dispersaron por el jardín.

Entonces se sentó ante su escritorio y permaneció un momento pensativa.

Comprendía que la suerte de aquel hombre, á quien hubiera querido salvar, estaba en sus manos.

¡Qué no hubiera dado ella por arrancarle de la obsesión bajo la que sucumbía falto de fuerzas!

Y sin embargo no podía cumplir sus deseos.

Comenzó y recomenzó diez veces una respuesta á aquella súplica, cuyos términos estaban todos grabados en su memoria, y por fin, se decidió á escribir lo que sigue:

«Mi querido general:

»Después de largas reflexiones me resuelvo á enviaros estas líneas que os parecerán crueles.

»Sin embargo, ¡cuán lejos está de mi pensamiento todo rigor!

»Yo quisiera dulcificaros la existencia, daros lo que os parece la dicha y contestar á vuestras súplicas según vuestros deseos, porque, estad bien seguro de que ya no tengo odio ninguno contra vos.

»Os he concedido con toda la sinceridad de mi alma el perdon que me pedíais.

»Ese perdon lo habéis merecido cien veces, no solamente por el inapreciable servicio que me habéis prestado, sino tambien por una vida de honor de bravura y de gloria.

»Con la mayor alegría os estreché la mano y os llamé amigo mio.

»Esta amistad sigo ofreciéndosla.

»¡No os basta! Os compadezco.

»Pensad, pues, en el porvenir que os estaria reservado si, olvidando un sueño imposible á causa de los recuerdos que nos separan, proseguid vuestra carrera hasta el fin, sin mirar hacia atrás y sin ambicionar nada más que la extimación y los votos de que seréis acompañado.

»A falta de una mujer que cree no poder ser vuestra, tendréis una hija á la que enseñaría á quereros y honraros si ella no estuviere ya orgullosa de su padre y si no le quisiese con toda su alma.

«Y, si más tarde, cansado de la vida tan ruda que habeis llevado, quisieseis gozar de un descanso, bien ganado, ¿quién os impedirá que os retiréis á cualquier parte, á París ó á un rincón de nuestra Bretaña, vivir allí en paz, seguro de estar rodeado de verdaderos afectos, seguro también de que el secreto del pasado quedará sepultado en nuestra memoria para siempre!

»Ahora me toca á mí, amigo mío, suplicaros que acepteis ese porvenir tal como se os ofrece.

»Tal vez penseis que después del servicio que me habeis prestado yo debiera ir más allá y renunciar á los poderosos escrupulos que me detienen.

»¿Pero qué diría en su tumba aquel á quien dejé morir por culpa vuestra, si olvidando lo que debo á su memoria consintiese en llevar vuestro apellido, por honroso que sea, y en unirne á vos por esos lazos que me obligasteis á romper cuando estaban ya casi estrechados entre nosotros?

»Qué diría su madre, que sucumbió pocos días después que él, de pena por su pérdida?

»¿Qué diría el amigo cuya bondad me ha sostenido en mis aflicciones, y que le quería como á un hijo, el coronel de Brancurt, á quien debo tal vez no haberme desesperado y puesto yo misma término á tan intolerables sufrimientos?

»¡Vos veis bien, amigo mío, que es imposible una union entre nosotros!

»Yo quisiera, sin embargo, sosteneros y daros valor contra vos mismo.

»Lo tendreis, porque sois un soldado y un valiente.

»Me pedís una respuesta en una sola palabra. Confiando en vos os la doy.

»Vos no querreis sumergir á vuestra desgraciada hija en un duelo, del que no se consolaría, y terminar vuestra carrera con un acto de debilidad.

»Mi amistad os pertenece y os permanecerá fiel.

»¡Os lo juro!

»No puedo ir más lejos; mi conciencia me lo prohíbe.

»Es, pues, con sentimiento, pero también con la certeza de cumplir un deber sagrado que elijo entre los dos que exigís.

»Digo que no.

»Vuestra amiga,

»MAGDALENA DE ARVIL.»

Cuando acabó la carta daban las once. La villa parecía adormecida.

Todas las luces estaban apagadas.

Bajó al jardín y se dirigió hacia las caballerizas.

Una pequeña claridad brillaba todavía en la ventana del guarda.

Jacobo estaba en vela.

Magdalena le llamó y acudió en seguida.

Le dió la carta, diciéndole:

—En seguida, al hotel de Belvedere.

La excursión no era larga y había en la cuadra dos caballitos, jacas del país, para las excursiones que hacían por riguroso turno.

Jacobo echó una manta sobre el lomo de la más descansada y dos minutos después, galopaba por la carretera de Lugano.

Magdalena erró un momento por el parque y se paró de nuevo bajo el emparrado, donde había recibido á Jaime Fugeret horas antes.

Temblaba al pensar que él iba á leer aquella contestación, que casi sentia haberle enviado.

Se decía que hubiera debido dulcificar los términos, darle un rayo de esperanza.

Iba ya á retirarse á su habitación, cuando sintió el galope de la jaca.

Salió al encuentro del italiano.

—¿Y bien?—le preguntó.

—La comisión está hecha.

—¿Encontrastes al general?

—Se estaba paseando por delante de la puerta del hotel.

—¿No te dijo nada?

—Nada.

Jacobo rectificó:

—¡Ah! sí... Me dijo: Toma veinte francos para tí.

—¿Es eso todo?

—Todo.

Jaime Fugeret acababa de leer en aquel momento el terrible billete que fijaba su destino.

Era tal como él lo había previsto.

No murmuró.

Pasó dos horas escribiendo tres cartas.

La primera era su testamento.

No contenía más que estas disposiciones:

«Lego todos mis bienes, de cualquiera naturaleza que sean, por mitad, á mi amigo Jesús Piriac, hoy conmigo en el hotel Belvedere, en Lugano (Suiza), y á mi prima Brígida Guenoec, doncella de la señorita Magdalena de Arvil.

»Les ruego que los acepten, como recuerdo del afecto que me merecen.

»No les impongo más condición que la de conservar á su servicio á mi ordenanza José María, ó asegurarle una renta de 1.200 francos, y que hagan transportar mis restos al cemen-

terio de San Juan del Desierto, al lado de los de mis padres.

»Mi tumba será cubierta con una simple lápida de granito, en la que no se pondrá más que la siguiente inscripción:

«GENERAL FUGERET.»

Una de las cartas era para Magdalena de Arvil.

Era muy corta.

Decía:

«Esperaba la contestación que acabo de recibir.

»No podiais darme otra.

»Os bendigo por el perdón tan generoso que me habéis concedido.

»El me permite morir en paz.

»No tengo valor para vivir sin vos.

»Aurora sabe que yo soy su padre.

»La he confesado mi crimen.

»Esta ha sido la más cruel de mis expiaciones.

»¡Quiera Dios que las dos seais tan felices como yo deseo!

»Yo lo sería demasiado, si de cuando en cuando fuesen á la tumba donde descansaré á rezar una oración por el alma de un desgraciado, y dedicarle un recuerdo.

»¡Adiós!»

La segunda carta estaba dentro de la primera.

Era para Aurora.

Y decía:

«Mi querida hija :

»No sé lo que será de mí.

»Debo marchar para un viaje lejano, y quién sabe si volveremos á vernos.

»Suceda lo que suceda, no me quejaré.

»En pocos días he gozado de una dicha tan infinita como inesperada; esa dicha la debo á vos y á vuestra madre.

»Queridla, hija mía; hacedla olvidar con vuestra ternura sus desgracias pasadas.

»Adiós.

»Por lejos que me lleve mi destino, mi alma estará con vosotras.

»JAIME FUGERET.»

Cuando, con la mayor calma, hubo concluido estos preparativos, se acostó y se durmió profundamente.

Al día siguiente, cuando se levantó, Piriac notó un cambio radical en la actitud de su amigo.

El general, muy preocupado desde su llegada á Lugano, estaba ahora perfectamente sereno.

La mañana era soberbia.

El general anunció su partida para el día siguiente.

Pero al mismo tiempo manifestó el deseo de hacer una excursión por los alrededores.

Le objetaron que la estación no estaba bastante avanzada, y que la ascension, aun á los picos menos elevados, no dejaba de ser bastante peligrosa, porque estaban todaví cubiertos de nieve.

Sin embargo, como insistia, dos guías se ofrecieron á acompañarle, con su amigo, á la cima del monte Tamaro, desde donde se descubria un panorama encantador.

Partieron.

Aquella noche regresó solo uno de los guías.

Anunció que habia ocurrido un accidente y que su compañero y uno de los turistas habian quedado en una aldea vecina para organizar socorros y recoger los restos del general Fugeret.

Al inclinarse imprudentemente á la orilla de un barranco, el desgraciado habia caído en un precipicio de más de cien metros de profundidad.

No se pudo retirar el cadáver hasta el día siguiente.

El dolor de Jesús Piriac era desgarrador.

El pobre habia creído que la muerte habia sido casual.

Al leer el testamento comprendió todo.

Jaime Fugeret, con su sangre fría y su aparente alegría, le habia engañado en sus intenciones.

El fué quien llevó las dos cartas á la villa Milton. La noticia de la catástrofe era conocida allí ya.

Magdalena se quedó fría; pero no podia, sin embargo, reprocharse aquel triste fin.

El dolor de Aurora era grande, pero silencioso. Creia comprender lo que habia pasado.

Cuando Magdalena la entregó la carta del general apenas la leyó, y arrojándose en sus brazos exclamó:

—¡Ah, madre mia, se ha matado.

Y sus lágrimas se confundieron.

CUARTA PARTE

DESPUÉS DE LA TORMENTA

I

En la primavera.

El ruido de la Exposición, que iba á abrirse en el momento de la escena final del drama de Lugano, habia cesado desde hacía ya largo tiempo.

Parecia que después de aquel tumulto, semejante á una invasión, París tenía necesidad de recogimiento y silencio.

Su aspecto era lamentable. Los edificios de la gran feria cosmopolita se derrumbaban bajo la piqueta, y el martillo de los demoledores.

París volvía en sí.

El rio entraba en su cauce.

Pero algunos de sus habitantes que habían huido de la invasión, no querían volver á él.

Magdalena de Arvil se contaba en el número de sus desertores.

Casi inmediatamente del accidente del monte Tamaro, porque para la mayor parte del público, el suicidio del general Fugeret resultaba debido á una imprudencia, había abandonado la villa Milton para refugiarse en la paz y la soledad de su posesión de la Bretaña.

Y después no había vuelto á salir de ella.